



ANA GARCIA

LA AMANTE DEL SENADOR

## Sinopsis

Leer el apellido Kendrick en cualquier diario o escucharlo en la televisión, trae consigo una connotación de poder y escándalo para la prensa, sin embargo, para Tess McAdams significa el escalón que ella necesita para abrirse paso en el mundo literario, salir adelante y darse a conocer como la escritora que era, pero, si tienes el talento y no tienes los medios, ¿cómo puedes hacerte famoso?

Algunas oportunidades se presentan y no deben dejarse ir y eso precisamente es lo que Tess hará, no dejará ir su oportunidad para encontrar la historia que la catapulte a lograr sus sueños. Sin embargo, a la dulce y sincera Tess todo se le complica cuando cruza la línea profesional, mezclándola con lo personal. Dándose cuenta que, hacerle caso a sus propios deseos ha sido un gigantesco error y más aún si tiempo después descubre sus sentimientos hacia Cord Kendrick.

Manhattan es la ciudad cosmopolita donde las mejores historias de amor nacen y salen a la luz. Un lugar donde los cuentos de hadas todavía existen en una versión moderna.

## Prefacio: Réquiem

La lluvia caía a cantaros aquella oscura mañana invernal, los grandes paraguas negros se alzaban por encima de las cabezas de los allí presentes para despedir el cuerpo presente de Charles Kendrick, amado padre, entregado esposo y dedicado abuelo, así se leerían aquellas inscripciones en la lápida de blanco granito que la familia pidió como inscripción en legible caligrafía negra, cuando ésta pudiera ser colocada. En torno al féretro de rojiza madera de fresno, la familia Kendrick lo lloraba. La persona más afectada ahí, aparte de Marion, su viuda, era Cord, su nieto predilecto. Éste se mantenía al pie del ataúd, una de sus manos sobre la lisa superficie que no dejaba de escurrir agua mientras que la otra, caía flácida a un costado de su cuerpo.

Para Cord fue un duro golpe haber perdido al hombre que, para él fue como un padre. Cuando se enteró de su muerte él no estaba en el país, se encontraba en Barbados, en una importante reunión, así que, le pesaba en el alma no haber estado presente para despedirse.

—Cord, ya es hora de bajarlo —la suave voz de Ophelia, su prometida, lo hizo pestañear varias veces. Ella lo cogió de la mano, entrelazando sus dedos a los suyos y tirando con suavidad de él, lejos de ahí—. ¿Vamos?

Cord asintió en silencio sin mirarla pero, no pudo apartarse del lugar. Su mano se cerró entorno a una de las hermosas rosas rojas que cubrían la tapa e ignoró el hecho de que los tacones de Ophelia se clavasen en la mojada tierra.

—¿Cord? —insistió ella.

—Dame un minuto —respondió, soltándola.

Ophelia se limitó a aferrar bien el enorme paraguas oscuro que la cubría para no empaparse y cambiaba de pie cada vez que se sentía hundirse en el lodo. No se molestó en cubrir a Cord, él destilaba agua debido a su insistencia por estar todo el tiempo junto al ataúd. Pero si daba la

vuelta y regresaba al lado de Rosemarie y Cartier, sus casi suegra y cuñada respectivamente, no dejarían de lanzarle miradas de lástima, así que, apretando los labios en una fina línea decidió permanecer al lado de su prometido, además, si la prensa había asistido como solían hacer, metiéndose en sus vidas, quería ser vista y fotografiada como una novia abnegada. Bastante tenía con que la tacharan de ser una fría y calculadora abogada como para tener que sumarle ahora lo de insensible. Eso, desde luego que, no le convenía, especialmente porque la campaña de Cord por la candidatura para presidente pro tempore del Senado de los Estados Unidos, estaba próxima y la familia entera sabía que, ver a un candidato estable y a punto de casarse, infundía mayor confianza en el pueblo.

Llevaban cuatro años juntos, ya era tiempo para dar el siguiente paso hacia el altar o eso era lo que ella deseaba que sucediera. Ella era la mujer que había estado para Cord desde que resultó candidato para senador por el Estado de Nueva York e igualmente cuando salía estresado del corporativo Kendrick. Ella siempre estaba para lo que él necesitara y aquél día no era la excepción.

Cord inspiró hondo, sencillamente se sentía incapaz de llorar, era como si algo dentro de él no funcionara correctamente. Estaba destrozado por dentro, mas el llanto no acudía a él.

—Ya muchacho, deja ir al viejo —la rasposa y cancerígena voz de Cullan, su padre, hizo a Cord apretar la flor en puño y triturarla.

No deseaba que él estuviera allí presente después de todos los problemas que le había provocado a su abuelo.

—No deseo discutir contigo, papá.

Cullan hizo una mueca de desagrado al sentir que se hundía en el lodo. Maldito día, pensó, aferrando su paraguas y protegiéndose de la helada lluvia que no cesaba de caer. Si no fuera por la insistencia de Rosemarie, por su parte, no estuviera pasando aquellas calamidades pero claro, sabía que debía estar ahí presente, porque quien estaba a

punto de ser sepultado tres metros bajo tierra, era su progenitor, no cualquier otro tipo.

—Y no lo hagas —se encogió de hombros—, pero ya quítate de ahí, por favor. Estás haciendo una escena.

—Despido al abuelo —respondió Cord, apretando los dientes con rabia.

Cullan le lanzó una mirada de reojo a Ophelia pero ésta sacudió la cabeza como respuesta a su muda pregunta.

—Todos se están yendo, Cord —le informó Cullan, dándole una palmada en el hombro, fingiendo consolarlo—. Vámonos.

Cullan pretendía agarrarlo del brazo, sin embargo, su hijo se zafó de su agarre.

—Cord, por favor —intervino la mujer de larga y ondulante cabellera rubia—. Has caso a tu padre, es hora de marcharnos.

—Váyanse ustedes, yo me iré cuando quiera hacerlo.

—Pero si continúas bajo éste aguacero, terminarás enfermado —insistió Ophelia.

Tanto la mujer como el hombre mayor se dirigían a Cord en un tono bajo, para que nadie más atestiguara aquella conversación.

—Y no queremos que el futuro presidente pro tempore del Senado de los Estados Unidos enferme justo cuando su candidatura en Nueva York va tan bien. Todo el mundo te ama, Cord. Desean a un tipo joven con ideas innovadoras —volvió a palmearlo—. Sería una pena si alguien más te sustituye, ¿no?

Molesto porque no lo dejaban en paz con su duelo, Cord se giró hacia su padre, fijando esos grandes y profundos ojos azules en los de Cullan.

—Es demasiado prosaico tratar negocios el mismo día que entierras a tu padre —le echó en cara, ignorando la ofendida exclamación por parte de Ophelia—, y más aún, en el propio cementerio y junto a su ataúd. Creo yo, padrea que, eso podemos discutirlo en casa y no aquí.

Cullan iba a replicar al respecto, sin embargo, Ophelia se le adelantó.

—Cord tiene razón, Cullan —dijo ella—. Será mejor que, en casa lo discutan. Éste no es ni el momento ni el lugar.

A regañadientes, Cullan aceptó las palabras de la elegante rubia y decidió retirarse de aquél sitio. Era él quien debería estar plantado como perro guardián al pie del ataúd de Charles, su padre y no el ridículo de Cord pero, el torrencial aguacero que había hecho correr a las amistades de la familia no ayudaba demasiado para interpretar la imagen de hijo destrozado ante la pérdida del viejo.

—También deberías marcharte, Ophelia —indicó Cord al ver que ella mantenía una batalla con los zapatos, hundándose en el lodo.

La mujer hizo una mueca de desagrado ya que no ese esperaba semejante petición pero, siendo sincera, le provocaba tremendo alivio poder retirarse de allí.

—Te esperaré en tu auto.

—No —respondió él antes de que Ophelia se diera la vuelta para emprender el camino hacia los vehículos—. Vete con mi familia. Yo voy a quedarme un rato más.

—Cord...

—Por favor, Ophelia.

Ya que no tenía sentido discutir, Ophelia asintió en silencio, girando sobre sus talones y emprendiendo de vuelta, rumbo a la limusina de los Kendrick, maldiciendo en silencio su mala suerte. ¿Dónde se encontraba su poder de convencimiento cuando más lo necesitaba?, se preguntó caminando con torpeza directamente hacia el oscuro vehículo donde la esperaba el chófer con la mano puesta en la manija de la puerta, resguardándose bajo su paraguas. Al verla llegar hecha una sopa, se limitó a abrirla la puerta y recibir su paraguas cuando se lo entregó de mala gana. En el interior del amplio y lujoso espacio, Rosemarie y Cartier aguardaban secas y resguardadas, en compañía de un rabioso Cullan.

—Creí que lo convencerías —se burló, pasándose una mano entre los castaños cabellos ya encanecidos.

Ophelia se sacudió la oscura falda y frunció los labios, disgustada al darse cuenta que sus zapatillas Versace estaban hechas un desastre.

—Cullan, no molestes a Ophelia —le advirtió su mujer, sacudiendo la cabeza de manera reprobatoria.

—Pero, no la molesto, es sólo que, como la prometida de nuestro hijo debió convencerlo, pues yo no pude lograrlo.

Ophelia le lanzó una mirada despectiva al hombre que tenía enfrente y en sus grandes y enigmáticos ojos color violeta, se leía la descarada burla.

—Conoces como es tu hijo —señaló la rubia—, cuando algo se le mete en la cabeza, es imposible hacerlo desistir.

Cullan se inclinó al frente, con las manos unidas y fijando la mirada en ella.

—Eres su prometida —insistió, recalcando la palabra—. ¿Qué se espera de ti si eres incapaz de convencerlo ahora?

—Cullan...

—¡Cullan, nada! —bramó, convirtiendo en puños sus manos y dándole un fuerte golpe a la puerta—. Estoy harto que ése imbécil haga con ésta familia lo que le pegue su jodida gana —despotricó en contra de su propio hijo—. ¿Quién demonios se cree? —escupió—. Siempre con lo mismo.

—Te recuerdo que, ése a quien tú llamas imbécil, se trata del senador del Estado de Nueva York, sin mencionar que es candidato para presidente pro tempore de los Estados Unidos —le echó en cara Ophelia, arqueando las cejas—. Ah, y también es tu hijo, heredero del imperio Kendrick.

—¡Sobre mi cadáver! —gritó Cullan, lleno de rabia.

Ophelia sacudió la cabeza, totalmente relajada ante el berrinche de Cullan.

—Conoces la cláusula —le recordó, paciente—. Cord debe estar casado antes de los treinta y tres años, y bueno, para eso faltan tres meses. Ya nos hemos comprometido y una boda puede planearse en poco tiempo.

—Por fin sacas las uñas —le reprochó él—. Pero, todavía falta que te haga caso. Lo hemos comprobado hoy y déja-

me decirte que, has dejado mucho por desear, Ophelia, querida.

Antes de darle tiempo a la mujer para replicar, Rosemarie intervino en aquella discusión.

—Vamos a casa, hace frío y ambos se han empapado.

Ni Cullan ni Ophelia se negaron, ambos destilaban agua y necesitaban ducharse pronto. Así que, una vez que se pusieron en marcha, la mirada de Ophelia se posó en la solitaria y decaída figura que aún se mantenía de pie junto al ataúd.

\*\*\*

Al comprobar que ya todos se marchaban, Cord pudo relajarse. Deseaba estar solo con su dolor y ellos parecían no prestar la mínima atención cuando pedía un poco de paz. Desde que habían llegado al cementerio, se la pasó escuchado quejas por parte de su propia familia y tuvo que resistir la tentación de pedir que cerraran la boca, la verdad, no estaba de humor para discusiones. Se sentía agotado tanto física como mentalmente.

Despegó su mano del féretro para alejarse de ahí y permitir a los sepultureros bajarlo. Era triste decir adiós a un hombre que, para él fue más que su abuelo, fue un padre y le dolía demasiado no haber estado presente en su lecho de muerte, no haberle agradecido por todo lo que hizo por él. Inclino la cabeza hasta el punto que su mentón tocó su pecho, pesaroso. Ahora que Charles se había ido, tendría que ser el mismo Cord quien le pusiera un freno a Cullan.

Suspiró, agotado, pasándose una mano entre los mojados cabellos dorados y recordando la cláusula del testamento en aquél preciso momento. Charles pidió que se leyera mientras él aún vivía porque deseaba estar presente y ver por sí mismo la reacción de Cullan al darse cuenta que, lo dejaba con las manos vacías y depositaba su fe en Cord. Su abuelo redactó en su testamento aquella específica cláusula donde determinaba que si Cord no se casaba antes de los treinta y tres años, toda la fortuna Kendrick caería



en sus manos, por tanto, la responsabilidad de que su despilfarrador padre no viera ni un centavo, recaía plenamente sobre Cord.

Como si su vida no fuera ya de por sí complicada, pensó, inclinándose y apoyando la frente sobre la lustrosa superficie de madera del ataúd, sintiendo que aquella sería la última vez en la que pudiera encontrarse cerca físicamente de su abuelo.

—Hasta luego, abuelo —susurró.

Se apartó del ataúd, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia su vehículo aparcado a varios metros de allí, sin embargo, se frenó en seco al observar a una mujer vistiendo un impermeable transparente encima de un vestido oscuro al propio estilo de *Merlina Adams*, quien se acercaba, resguardándose debajo de un gran paraguas oscuro y sosteniendo en uno de sus brazos un pequeño ramo de rosas color amarillo. Desconocía quién era aquella mujer y por qué aparecía justamente cuando ya todos se retiraban, especialmente vistiendo un atuendo que parecía más para una fiesta de Halloween que para un sepelio.

\*\*\*

Tess había llegado tarde al entierro de Charles Kendrick, uno de los hombres más poderosos del país y también uno de los pocos altruistas que, verdaderamente trabajaban en pro de los más desvalidos y a quien no le importaba quedarse sin nada como muchas otras asociaciones benéficas, quienes lucraban con la desgracia ajena. Pero Tess no había ido solamente por eso. Ella estaba ahí como muestra de agradecimiento por todo lo que hizo por ellas, es decir, por su pequeña hermana Farrah y su bebé, Violet, ya que ella no pudo asistir pues se quedó ayudando a Devon en el restaurante familia, así que, le imploró a Tess asistir y comprarle flores, sólo que, tuvo que esperarse a la hora del almuerzo en Break!, editorial donde trabajaba para poder escaparse, pidiéndole a su amigo y compañero Ollie, un aventón.

Ahí estaba ella, usando un vestido negro estilo *Merlina Adams* que, su gran amiga Brandi le prestó en último momento pero se horrorizó al verla llevarse las coloridas botas

de plástico para no estropear sus zapatos con el lodo. Era consciente de las reprobatorias miradas recibidas por su estilo de vestir inusual pero las prefería en lugar de arruinar unos zapatos que le costaron un par de quincenas para poderlos comprar. Cuando descendió del vehículo y puso un pie fuera del camino pavimentado hacia el sitio donde se divisaban los sepultureros de pie con sus oscuros impermeable, esperando a que otro tipo escurriendo agua les dejara realizar su trabajo, sintió deseos de arrepentirse.

Debió haber esperado para que toda la familia Kendrick se marchara, pues definitivamente aquél hombre se trataba de uno de ellos. Pero ahí estaba corta de tiempo y no iba a regresarse sin dejarle su agradecimiento, por ello, con la espalda bien recta, barbilla alzada y rogando al cielo no quedarse atascada en el lodo debido a lo pesadas que sentía sus botas, fue directo al ataúd, topándose en su camino aquella alta e imponente figura que se dirigía hacia el fabuloso automóvil, encontrándose sus miradas.

Tess evitó aflojar al paso al sentirse decidida en retirarse pronto de allí, sin embargo, los grandes y vivaces ojos de un intenso e inusual color azul, la hicieron flaquear y comprobar quién era el dueño de unos ojos tan increíblemente azules. No era ninguna tonta, veía la televisión, leía periódicos y revistas, además de trabajar en una editorial, por tanto, había visto montones de veces la imagen de Cord Kendrick y resultaba difícil no quedarse fascinada por aquél perfecto rostro de facciones varoniles y encantadoramente sensual. Pero aquél hombre, con el que acababa de cruzarse, se mostraba deshecho por el dolor y toda sonrisa que acostumbraba a mostrar, se había esfumado de él.

Decidió pasar de largo, en lugar de detenerse para darle sus condolencias como otras personas en su lugar lo hubieran hecho si no tuvieran una jefa que no perdonaba las demoras. Estaba corta de tiempo, además, no conocía a aquél hombre para abordarlo, por ende, siguió de largo hasta llegar al ataúd y depositar encima de éste su sencillo ramo a modo de agradecimiento, a continuación, se dio la

vuelta y una vez más emprendió el camino rumbo al vehículo de Ollie, fijándose dónde pisaba para no resbalar.

Iba tan concentrada por no cometer un desliz que, no se fijó en ser objeto de la atención de Cord, hasta que elevó la vista y lo descubrió mirándola desde su auto. Tess desvió inmediatamente la mirada al sentir a su corazón latir con violencia contra su pecho. Se trataba de una reacción sumamente ridícula, lo sabía pero, así se acababa de sentir.

—No tenía idea que hubieras conocido a Charles Kendrick —comentó Ollie al verla meterse en el vehículo.

—No lo hice —respondió ella, cerrando el paraguas y sacudiendo las gotas.

—¿Entonces? —insistió el chico con interés—. ¿Para qué le vienes a traer flores?

Tess se encogió de hombros sin responder porque aquella se trataba de una historia que le correspondía contar a Farrah, no a ella, pero Ollie la había llevado ahí, se trataba de uno de sus amigos más cercanos, además.

—Farrah, mi hermana menor es quien se las ha enviado, desde que Violetta nació, él estuvo siempre pendiente de ellas.

Una vez que Ollie comprobó que ella se hubiese puesto el cinturón de seguridad, encendió el motor y tomó las debidas precauciones para ponerse en marcha.

—¿Por qué? —preguntó, lanzándole una mirada de refilón.

Tess se encogió de hombros, luchando con el impermeable para quitárselo. Afortunadamente, éste no se había empapado como pronosticó Ollie y no corría riesgos de arruinar su auto.

—Porque Farrah fue secretaria en el corporativo Kendrick y como es madre soltera pues, Charles le brindó ayuda económica.

—Entiendo —murmuró el joven, avanzando detrás del lujoso *Aston Martin Vanquish* plateado—, creí que lo habías conocido. Ya sabes, era un tipo altruista a quien la gente quería, algo que no se puede decir de su hijo Cullan.

Cierto, pensó Tess, acomodándose en su asiento y manteniendo la vista fija al frente.

—Al parecer, Cullan es la oveja negra —prosiguió Ollie—, ¿recuerdas la conferencia de prensa para informar del deceso de su padre? Se mostró inmune respondiendo a todos las preguntas y cuando alguien se atrevía a preguntar porque parecía tan tranquilo, finalizó con la rueda de prensa, molesto.

—Quizás es un tipo que le avergüenza mostrar sus emociones ante los demás —respondió ella, buscando el trapo de microfibra en la guantera para limpiar los cristales empañados—, además, alguien debe mostrar serenidad en momentos así.

Ollie tamborileó encima del volante, resoplando fastidiado ante la lentitud con la que avanzaban y no había medio para rebasar.

—Yo, en momentos así, estaría llorando histérico.

—A ti te encanta el drama, Ollie —sonrió Tess, estirándose y limpiando los cristales, facilitándole ver mejor el camino a su amigo—, pero tienes razón. El tipo es un hombre frío y sí, dio la apariencia de descorazonado —se encogió de hombros, restándole importancia—. Quizás estaba sedado.

—O quizás, tú eres demasiado ingenua para continuar buscando una creíble justificación a hechos que, ya han demostrado como son.

—Quizás —continuó ella.

Tras ésa charla, guardaron silencio, disfrutando del sonido de la lluvia azotando afuera de la comodidad del vehículo. Aquél trayecto puso a prueba la paciencia de Ollie, a quien le fastidiaba llegar tarde al trabajo.

Le echó una rápida mirada al tablero y frunció el ceño al ver que faltaban cinco minutos para que terminara la hora del almuerzo. Llegarían tarde y tendrían que soportar escuchando sin interrumpir el sermón de su adicta jefa al trabajo. Y entonces, como si una ranura se abriera entre las oscuras y encapotadas nubes, y de ella asomara un rayo de luz divina, Ollie vio la oportunidad de rebasar el auto que lle-

vaban por delante llegar a tiempo al trabajo. Obviamente no contó con que la suerte no le duraría más de ése segundo e ignorando la procesión que todavía llevaban por delante, Ollie pisó el acelerador y se encontró que, delante de ellos no había nada para rebasar, así que, en un desesperado intento para no estamparse contra una de las lápidas más cercanas, dio un volantazo y terminaron estrellándose contra el lujoso vehículo que llevaban delante.

—¡Joder, Ollie! —chilló Tess, deteniéndose del tablero y sintiendo el tirón hacia atrás por parte de su cinturón.

Ollie se quedó pasmado, aferrando el volante con todas sus fuerzas, incapaz de creer lo que acababa de suceder.

—Creo que voy a vomitar —murmuró el joven.

—Sí, yo también —asintió Tess, manteniendo fija la atención al frente.

La puerta del conductor se abrió transcurridos unos segundos y ambos vieron descender de éste una alta y oscura figura, totalmente empapada.

—Oh, mi Dios —chilló Ollie, dándose cuenta de quien se trataba—. Tess, iré a la cárcel. Soy demasiado guapo y sensual para ir a la cárcel.

—Tranquilo, Olliver —ordenó ella, respirando hondo para mantenerse serena y no poner más nervioso a su amigo—. Cálmate.

—No puedo —insistió él—, creo que, me dará un ataque de ansiedad.

—Olliver, no va a pasarte nada. Relájate y respira, ¿sí? Me tienes aquí, contigo, y no permitiré que vayas a ningún lado.

La mano de Ollie se apoyó encima de la de ella, aferrándose a la seguridad que aquella mujer le brindaba, aunque, la misma Tess se sentía sumamente nerviosa por el mismo temor que él experimentaba acerca de lo que se les pudiera venir encima al ver a Cord Kendrick acercarse a ellos, tras comprobar el daño que había sufrido su vehículo.

Ollie bajó la ventanilla de su lado, aclarándose la garganta y preparándose para hablar en su defensa. Tenía que

bajar y comprobar los daños ocasionados pero, no deseaba mojarse así como tampoco ver el daño.

Cord se inclinó sobre la ventanilla, exhibiendo su educada sonrisa antes de hablar.

—¿Podrías bajar del vehículo y echarle un vistazo a lo que ha ocasionado? —pidió, enderezándose y dando un paso atrás.

Ollie se había paralizado, era incapaz de hablar, respirar o moverse. Estaba mortalmente aterrorizado.

Tess miró a su amigo y vio que éste no se movía. Estaba teniendo un ataque de pánico y afuera estaba el senador más joven y atractivo que el Estado de Nueva York había tenido. Cielos, ella también estaba sumamente nerviosa porque no sabía cuál era la reacción que se esperaba y si Ollie se había paralizado, ella tendría que dar a cara por ambos, a fin de cuentas, básicamente era culpa suya todo lo acontecido. Así que, sacudiéndose el momentáneo pánico, abrió su puerta y sin ponerse de nuevo el impermeable o coger su paraguas, salió al lluvioso exterior.

Cord observó a la mujer recién salida del auto y frunció el ceño pensativo. Se trataba de la misma mujer con quien había coincidido momentos antes, aquella de grandes ojos que le provocó a su alma un sentimiento de paz en momentos de tribulación.

Tess rodeó la parte delantera del vehículo de Ollie a prisa, maldiciéndose por tonta y salir sin paraguas, por lo menos. El automóvil de Ollie apenas y había recibido un rasguño, mas la parte trasera del Aston Martin se había abollado muy feo.

—Joder —murmuró, cubriéndose la boca con una mano una vez descubierto el daño.

Cord se reunió a su lado, pasándose los dedos entre los empapados cabellos dorados, sintiendo que su mal humor poco a poco iba disipándose.

—Su amigo llevaba mucha prisa —comentó él.

Tess quería desaparecer. Ollie había arruinado un vehículo costoso, de un hombre poderoso y dudaba que aquél "chiste" fuera a salirle barato.

—Tenemos que trabajar —respondió, armándose de valor para mirarlo y descubrir esos intensos ojos azules fijos en ella—, y se nos ha hecho tarde para llegar a tiempo.

—Todo el mundo tenemos prisas, señorita. Eso no significa que, andemos sin precaución —señaló ambos vehículo—. Ahí están las consecuencias.

—Me disculpo por mi amigo e igualmente por mí.

—Usted no me chocó.

—Mire, señor Kendrick, yo le aseguro que Ollie se hará responsable de pagar el daño causado pero ahora corremos el riesgo de ser despedidos sin continuamos aquí —le explicó, deseando que el tipo la comprendiera—. Si me da alguna tarjeta para que Ollie se comuniqué con usted, se lo agradecería.

—Mi abogado se mantendrá en contacto con su amigo, así que, le agradecería a usted su número telefónico.

—Hum, no creo que Ollie esté de acuerdo con esto.

—Él me chocó —le recordó Cord—, si está o no de acuerdo en que nuestros abogados se comuniquen, no es mi problema. Él debió ser cuidadoso.

Tess conocía a Ollie desde hacía tiempo y sabía que, meterse en problemas iba contra sus principios. Aquél día, era la primera vez que era imprudente y todo se debía a que la había llevado allí. De no haber sido porque Tess se lo pidió, Ollie jamás hubiera abollado el auto de Cord Kendrick.

—Como sea, le daré mi número y que su abogado se comuniqué conmigo.

Cord se la quedó mirando buen rato, estudiándola en silencio.

—¿Por qué usted? —quiso saber.

—Porque él no tiene por el momento móvil —mintió.

Obviamente, Cord no creyó ni una sola palabra pero no iba a expresarlo en voz alta.

—Muy bien —dijo—, si usted, señorita, se hará responsable de lo sucedido, la espero mañana temprano en Kendrick Corp. ¿Conoce su ubicación?